

AÑO XIII, SERIE II

REVISTA
DE
CIENCIAS ECONÓMICAS

PUBLICACIÓN DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

DIRECTORES

Dr. Mario Sáenz

Por la Facultad

Adelino Galeotti

Por el Centro de Estudiantes

Nestor B. Zelaya

Por el Centro de Estudiantes

REDACTORES

Dr. Mario A. de Tezanos Pintos

Raúl Prebisch

Por la Facultad

Dr. José P. Podestá

Dr. Italo Luis Grassi

Por los Graduados

Enrique Julio Ferrarazzo

Emilio Calvo

Por el Centro de Estudiantes

ADMINISTRADOR

Juan C. Chamorro



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALLE CHARCAS, 1835
BUENOS AIRES

Inauguración de las conferencias del doctor Mario Sáenz en la Universidad de Madrid

DISCURSO DEL PROFESOR Dr. LUIS JIMENEZ DE ASÚA (1)

Excmo. Embajador de la República Argentina: Excmo. Sr. Decano
de la Facultad de Derecho : Doctor Mario Sáenz : Señoras :

Señores:

Vaya por delante, en rendido ademán de disculpa, la explicación de por qué el menos apto y poco versado en ciencias filosóficas, asume en este instante el papel destacado de prologuista de un curso de Filosofía del Derecho y de introductor de una personalidad de tanta eminencia como el doctor Mario Sáenz, Decano de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires.

Tiene nuestra Facultad de Derecho especialistas de la disciplina jurídica que hubieran logrado mejor que yo daros el perfil científico del maestro que hoy inaugura sus enseñanzas, y hay en ella profesores de mayor autoridad y representación, que al tomar la palabra con designio de presentar al conferenciante le hubieran hecho más honor. Mi solicitud de excusa para con los oyentes debe hacerse extensiva, subrayando el pedido de perdón, al doctor Mario Sáenz, que merecía ser introducido en nuestras aulas por quien tuviera más títulos que yo.

Pero don Rafael Ureña, al confiarme el encargo honrosísimo de prologar este curso, ha pensado, sin duda, en la amistad estrecha y

(1) Presentación del conferenciante, hecha el 27 de abril de 1925, en la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid.

devotísima que me une con el doctor Mario Sáenz y en mi apasionado amor por su patria. He aquí cómo razones afectivas me fuerzan a desempeñar una faena intelectual para la que no me hallo preparado. Una vez más, en la pugna entre cerebro y corazón, ha triunfado el sentimiento sobre la inteligencia.

Mas quiero, para tranquilizaros, poner en vanguardia dos aclaraciones : he de ser muy breve, y no voy a penetrar en el área de la doctrina profesada por el gran argentino que ahora escucharéis. Estoy persuadido de que el público que se congrega para oír a un conferenciante tiene escaso interés por la presentación, y cuanto más tiempo consume el prologuista, más redoblada será la impaciencia del oyente. Entrar en un análisis de las ideas del disertante es otra torpeza de la que quiero huir. El doctor Mario Sáenz tiene una personalidad de relieve tan superlativo, que sería inocencia inexcusable tratar de descubrirle. Con sobrado motivo desencadenaríais contra mí el enojo de vuestra fina cultura. Y si, usurpando la función del disertante, quisiera esbozaros los problemas que él ha de tratar, estoy cierto de producir en el auditorio ese pequeño enfado del amigo a quien relatamos, con torpe frase, el argumento de una pieza dramática o de una novela reciente, cuando se dispone a tomar su localidad de teatro para presenciar la representación, o cuando sale de la librería con el volumen bajo el brazo. Menos podría yo entrar con intenciones críticas en el ideario especialista del doctor Mario Sáenz : en el terreno polémico, la mayor finura y perfección de los conocimientos técnicos del profesor argentino me depararían la más total derrota.

El título preclaro con que llega Mario Sáenz ante nosotros es el de profesor de Filosofía del Derecho. Aunque he prometido no descubrirros su personalidad científica, permitidme filiar su sistema con frases de su propia doctrina : « A mi juicio — dice Sáenz —, la orientación de estos estudios ha de ser : *positiva*, en cuanto a los métodos y procedimientos de investigación y exposición y a la relatividad de sus conclusiones; e *idealista*, en cuanto al empleo del razonamiento y a la preponderancia de los móviles espirituales de la vida. Es esta, como se ve, una orientación neoidealista, cuyas raíces prenden en los postulados gnoseológicos de la ciencia, que son infrangibles, y en los datos de la naturaleza y de la historia, siempre variables. » Pero en la personalidad compleja de Mario Sáenz, aunque siempre esté vigilante el filósofo, se dan otros matices y facetas. Fué político, y su pensamiento político sigue siempre activo; pero feneció en él, tras de haber desempeñado cargos de relieve — como subsecretario de Hacienda y Agricultura —, el propagandis-

ta y militante de un partido. Desde hace más de diez años se mantiene a extramuros de las luchas políticas. Pero sigue siendo un apasionado postulante de la libertad, que en él se halla construída sobre la convicción filosófica.

El profesor de Filosofía del Derecho de la Universidad de Buenos Aires, fuera de estos pilares de su sistema, de estas dos paredes maestras, neoidealismo y libertad, no lanza con ímpetu dogmático sus opiniones, ni profesa un credo cerrado. Dichosos aquellos — le he oído decir más de una vez — que están seguros de haber captado la verdad y que poseen en su mente una sola idea. Sáenz, como todo espíritu moderno, se halla atormentado por infinitas dudas, por las ansias de perfeccionamiento y progreso.

Pero hay en las modalidades de la personalidad de Mario Sáenz una que sobrepuja y descuella, que se alza sobre las otras con superlativa jerarquía : la de universitario. Cuando rigió los destinos de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires supo componer un plan de enseñanza que poco a poco se va implantando. Mas el relieve de Mario Sáenz no se muestra tan sólo en sus cualidades de organizador de la cultura, sino, ante todo, en la más íntima y escondida tarea de maestro. Su temperamento es poco propicio a fijar en escritos los pensamientos que colman su mente. A pesar de ello ha compuesto obras tan elegantes, como las dedicadas a recordar hombres de máximo empuje, a los que debe la Argentina su selecta sensibilidad cultural, como José Manuel Estrada y Eleodoro Lobos, y ha lanzado al mundo trabajos en que su ideario se perfila nítido, como *Concepto de la Filosofía del Derecho*, publicado en 1910, y *La posición didáctica de la Filosofía del Derecho*, impreso diez años después. Otros muchos libros ha redactado Mario Sáenz; pero no son ellos superiores a su autor, como ocurre con la mayoría de los profesores que han transitado por estas cátedras, oriundos de otras tierras, y que han labrado en vuestros jóvenes espíritus la huella de la decepción : Mario Sáenz destaca de sus obras; es mejor que ellas. Yo sé que al hablar así coincido con el pensamiento más caro del gran profesor argentino. El mismo ha escrito, prologando la obra de José Manuel Estrada, *La política liberal bajo la tiranía de Rosas*, frases que suenan al mismo tono que las mías : « No es la obra en sí lo que aquí se elogia. Ella ha sido y será superada, y, en todo caso, debe serlo, para dignidad de la estirpe y glorificación de los antepasados. » En este sentido el nombre de Mario Sáenz perdura entre los estudiosos argentinos, aunque su labor no se halla encerrada en copiosas páginas escritas. Y esa labor de infiltración en el espíritu de la juventud, en la que siem-

bra enseñanzas que al colonizar los cerebros adolescentes se conaturaliza con ellos hasta el punto de que el discípulo no llega a saber lo que es suyo y lo que del maestro le vino, es el influjo anónimo y heroico a que debemos aspirar todos los que enseñamos, como suprema recompensa.

Mario Sáenz es un viajero penetrante y curioso, que gusta de contemplar paisajes y convivir con doctrinas y regímenes de Europa. Su poderoso espíritu crítico ha penetrado en ambientes dispares y ha sabido juzgarles con certero ademán. En Italia y Francia — donde ha sido recibido con el más subrayado afecto y la mayor consideración — ha visitado sus Universidades y ha visto de cerca a los grandes maestros. Pero no llega a España movido por los mismos designios. Le traen nuestros requerimientos para explicar un curso de Filosofía del Derecho en estas aulas venerables. Mas por cima de esta consigna especialista, estoy firme de que Mario Sáenz llega a nosotros empujado por invisibles lazos raciales y finos hilos de afecto fraternal. En los pueblos que un día fueron nuestras colonias se abren distintas tendencias que asumen un nombre : hispanoamericanismo, latinoamericanismo y panamericanismo. No es este el momento propicio de enjuiciarlas; pero sí de decir que Mario Sáenz se ha enrolado, con inteligencia y corazón, en la falange de los hispanoamericanistas, y no ahora, que es nuestro huésped de honor, sino antes y siempre.

Pero Mario Sáenz, como todos cuantos sentimos el nexo de raza, sin segundas miras, desprovisto de alharacas y gestos brillantes, tenemos un concepto hispanoamericanista que se aparta, con ademán enérgico, de las fórmulas oficiales.

Los que conocemos Suramérica lamentamos, a pleno corazón, las falsas rutas emprendidas por el hispanoamericanismo. Un poco esquivos, nos colocamos al borde del errado camino, contemplando con hoscío ademán las aparatosas fiestas de la raza, en que se saca a pasear a los niños de las escuelas con estandartes y ropitas nuevas, en que el verso malo, plagado de ripios, se esfuerza en competir con los discursos de sonoras y huecas frases. Ese hispanoamericanismo de banquete y frac no abrirá ni una sola vía en el cerebro y en el corazón de los pueblos del nuevo continente. Y cuando se trata de seguir otras direcciones, culmina el grave error, que levanta en las tierras del Plata recelos y suspicacias, como cuando se intenta la unión para fines trasatlánticos con otros países europeos, que allá tienen numerosa colonia de súbditos, sin que los consejeros de esas alianzas pacíficas se percaten de que el mayor orgullo de España

es mantener una postura única, porque sin auxilio ajeno descubrió y colonizó aquellos territorios.

Mantengamos, pues, esa posición excepcional que la historia nos otorga y dispóngase España a ejercer y recibir un inteligente influjo. Mas para lograrlo urge, ante todo, enfrentarnos valientemente con realidades y deshacer muchos errores, que circulan todavía entre nosotros cuando se pone el pensamiento en los pueblos de habla española del otro lado del mar. Argentina ha sido profundamente trabajada por la cultura francesa y ha habido un tiempo, que ya podemos mirar como pretérito, en que el pueblo argentino divorció su pensamiento de la tierra de origen. Las expediciones de intelectuales a las orillas del Plata han ido borrando falsos prejuicios y tendiendo su invisible cordón afectivo. Pero las ingenuas ideas de muchos de nuestros elementos dirigentes, que se obstinan en creer que las Repúblicas hispanoamericanas agurdan ansiosas el instante de arrojarse en brazos de la « madre patria », como hijas pródigas que desean perdón, están en desacuerdo con los hechos reales. Se precisa emprender una nueva conquista, afectiva esta vez, en que España decline para siempre toda postura imperialista y toda aparatosa hegemonía. Cuando los españoles piensen en América deben cuidar de situarse en un plano de igualdad de derechos : procuremos, más que erigirnos en directores de los intereses y sentimientos americanos, formar coro con las voces trasatlánticas. Que nuestra actuación sea más de hermanos que de padres severos y autoritarios. Sólo así podremos actuar sin que surjan recelos y temores.

La América hispana demanda asiduamente, a las falanges intelectuales de Europa, ideas y sistemas que ella relabora donándoles carácter nacional. No está lejana la fecha en que los estudiantes de Hispanoamérica llenaban las aulas francesas, sin recordar que las españolas podían ser fuentes de cultura, y que la comunidad de idioma prestaba mayores atractivos a la enseñanza de los maestros españoles. Felizmente vemos modificarse el panorama y hoy los estudiantes hispanoamericanos acuden a nuestras cátedras en proporción creciente.

La « Sociedad cultural » de Argentina y Uruguay, llevando anualmente a nuestros hombres más representativos en la ciencia a las Universidades suramericanas, ha logrado engendrar en aquellos pueblos una estima por nuestra labor intelectual, que hace años estaba ausente. Por ello el nombre de don Avelino Gutiérrez, que con nobilísimos esfuerzos inició y consolidó la tarea, debe ser pronunciado por nosotros con superlativa reverencia. Ya se habla en Suramérica de una « nueva España », porque aquellos pueblos jó-

venes y pujantes poseen el más fino espíritu crítico y selectivo, que Ortega y Gasset nos revelaba, con elegantes frases, al volver de su viaje trasatlántico.

Prosigamos con tenaz constancia por la ruta emprendida, convencidos de que este influjo cultural sobre los pueblos que España descubrió es una tarea de cordial conquista, que América, no sólo nos permite, sino que recibe con exquisita cortesía. Aproximémonos a esos hombres de nuestra raza con ademán modesto y sereno. Vayamos no tanto a enseñar como a aprender. Que el birrete de maestro no vaya ostentosamente colocado sobre nuestras cabezas : lleguémosnos a ellos con la borla de doctor en una mano y la otra tendida en señal de leal amistad. Los intelectuales españoles que allá han ido han sabido dar la sensación de hombres serios; unos han dejado luz de maestro, otros han aportado más modestamente sus dotes de técnicos, pero todos han logrado dar una fuerte impresión de seriedad científica.

Mas todo esto sólo era una parte de la tarea debida. Las Universidades hispanoamericanas nos piden nuestros hombres y les festejan y acatan. ¿Qué hacía España mientras? De Suramérica pueden venirnos lecciones de valía sin plural. No son nuestros hijos esos países, de que el mar nos separa y con quienes nos une la raza y el idioma; son nuestros hermanos, que en un rango de igualdad nos ofrecen enseñanzas útiles de aprender. Traigamos a nuestras aulas a sus hombres más representativos; escuchemos su voz con recogimiento y devoción.

Este acto tiene para nosotros ese valor sin par. Invitado por la Facultad de Derecho, en análogas condiciones a las de los grandes Profesores europeos, como Stammler, Duguit y del Vecchio, arriba a nuestra Universidad el profesor Mario Sáenz, de Buenos Aires. A él me vuelvo ahora para decirle :

Doctor Mario Sáenz : La enseñanza que explicáis en la Universidad porteña tiene entre nosotros una herencia remota inolvidable : la de nuestros filósofos y teólogos; y un abolengo próximo de la mejor selección : el prestigio de don Francisco Giner de los Ríos, el maestro de estas generaciones, que también fué superior a sus mismas obras impresas. La Universidad de Madrid, por intermedio mío, os declara señor de esta cátedra, que nuestros maestros llenaron de luz.